

EL ABUELO Y EL NIETO.



I.

Triste muere la tarde en el seno de la Euskal-erria. Ni el más leve rumor perturba el silencio en sus montañas y en sus valles. Nada se agita; todo permanece muerto. Sus eternas rocas están envueltas en una espesa capa de nieve. Sus valles, cubiertos también con blanco sudario.

La naturaleza entera duerme allí el sueño del invierno; goza en sus horas de reposo, para volver después con nueva vida á reanimar su espíritu siempre potente.

Triste muere el día en aquel punto extremo de la Cantabria indomable.

II.

Fijad la vista en el recuesto de aquella montaña. Allí veréis un caserío-medio enterrado por la nieve: en su acceso hay una puerta de hierro, con arco de medio punto y con escudo antiquísimo sobrepuesto, casi borrado por los rigores del tiempo. Pisando el umbral debajo del dintel, está el *eche-jaun*, el señor de casa, abrigado con su *chartes*, caída la capucha sobre la espalda, dejando ver así su despejada frente y su larga y nudosa cabellera, blanca como las nieblas de Amboto.

El anciano contempla con mirada melancólica al roble que tiene delante de sí, y registra con su vista todos los contornos y el limitado horizonte.

III.

Triste muere ya el día, y el *eche-jaun* sigue triste también á la puerta de su casa. Y allí se pasára horas enteras abismado en sus pensamientos, si un nietecito, un sonrosado niño, de formas correctas, no acertase á llegar del interior en busca de su abuelo.

¡*Aitona...! ¡aitona...!* Ven, que va á empezar *gabon*.

Y el niño rebosaba de júbilo con la idea, por tanto tiempo acariciada, de celebrar la fiesta de Noche-Buena.

El abuelo no atendía las impacencias del más pequeño de sus nietos, absorto en sus meditaciones.

—¿Qué haces aquí, *aitona*? la noche buena arde ya en el hogar, y vamos á rezar el Ave-María para comenzar la cena.

—¡Hijo de mi hijo!... doblemente querido!... triste será la cena!..

—¿Por qué?

Mira ese roble que cuenta cientos de años, y que no puede con el peso de la nieve.

—Y eso es lo que te aflige, *aitona*? Otra vez vi al roble con tanta nieve como ahora, y despues echó nuevas ramas y nuevas hojas, y celebramos la fiesta de San Juan bajo su sombra.

—Y vino el genio del mal, y no permitió que concluyéramos la fiesta bajo su protector amparo.

—¿Pero ahora no hay guerra?

—Es verdad: gozamos de la paz de los sepulcros.

—No digais esas cosas.

Y como si respondiera á sus propios pensamientos, el anciano continuó:

—Los ecos de las montañas no repiten las voces de las campanas del valle, que convidan á la fiesta: la nieve apaga las voces: parece que doblan á duelo, por la muerte de nuestras libertades. El *irrintz* no resuena por los senderos: ningún hijo vuelve á la casa de sus padres á celebrar *gabon*: despues de un año de trabajo y ausencia, ningún euskaro viene á disfrutar breves horas de reposo y á respirar el aire libre de la Euskal-erria. ¡Ay! el espíritu euskaro ha venido á morir en manos de nuestros envidiosos con la cizaña que sembraron nuestros enemigos de hace mucho tiempo, que hace dos siglos dejaron de ser libres, y que fueron tiranizados por legiones fanáticas advenedizas

que se apoderaron de sus conciencias y del suelo de España, como si todo fuera suyo propio. Aquí podían haber aprendido lecciones de libertad, en vez de robárnosla.

IX.

El niño había corrido adentro, y, á la sazón que el anciano pronunciaba las últimas palabras de su soliloquio, volvió á presentarse agarrado del vestido de su madre diciéndola:

—Mira: *aítona* no quiere venir á cenar, porque el roble es viejo y tiene mucha nieve, y porque no vuelven mis hermanos.

Y dirigiéndose despues al anciano, añadió:

—Notengais cuidado: todavía el roble vivirá muchos años, y dará nuevas ramas y nuevos troncos, y tambien volverán mis hermanos.

Eche-jaun, con lágrimas en sus ojos, abrazó al nieto, y exclamó besándole:

—¡Que Dios escuche tus palabras!...

La pobre madre, llorando silenciosa, despues de mirar al árbol que contaba tantas centurias, y á cuya sombra habian vivido felices tantas generaciones, y despues de tender tambien la vista por el valle, cerró la puerta y siguió los pasos del abuelo y el nieto al interior de la casa.

SOTERO MANTELI.

